

UN NAUFRAGIO
EN LA FLORIDA

2
44

COLECCIÓN INFANTIL SALGARI

PUBLICADOS:

- Roburac el Invencible.—La prisionera
del pirata Un tomo.
- El ojo del milagro.—La terrible secta
de Kay-Fon-Fou »
- Un naufragio en la Florida »
- El último de los grandes corsarios. »

Cada tomo, profusamente ilustrado, encuadernado
en holandesa, cubierta en colores.

S.I.
242

R. 5.551

EMILIO SALGARI

UN NAUFRAGIO EN LA FLORIDA

NOVELA DE AVENTURAS Y VIAJES

PRIMERA EDICION



CASA E
CALLE DE LA

B.P. de Soria



61121538
D-2 23944

D-2
23944

ES PROPIEDAD

**Queda hecho el depósito que
ordena la Ley.**

**Impreso en España.
Printed in Spain.**



Los naufragios del “Medusa”, del “Semillante”, del “Invencible Armada”, del “Astrolabio” y del “Bussole”, los dos buques mandados por el desgraciado Laperouse, y del “Erebus” y “Terror”, perdidos entre los hielos del Polo con todos sus tripulantes y con el almirante Franklin que los guiaba a través de aquellas heladas y horribles regiones, para descubrir el mar libre del Polo, ardiente aspiración no alcanzada ni apagada aún de los más grandes navegantes, son, sin duda alguna, los más dramáticos, los más espantosos que la Historia ha registrado.

Escritores, hombres de ciencia, capitanes y oficiales han cultivado el tema de estos naufragios que durante varios años conmovieron el Mundo entero, describiendo con las tintas más oscuras las escenas subsiguientes al hun-

dimiento de los buques, los actos de canibalismo sobre el "Medusa", la horrible retirada de las tripulaciones del "Erebus" y "Terror" a través de los campos de hielo y el mísero fin de aquellos desgraciados, caídos uno tras otro, vencidos por el frío intenso y por el hambre que desgarraba sus entrañas, el descubrimiento de ollas conteniendo miembros humanos, que los marineros, trocados en abominables antropófagos, abandonaron entre las nieves; o intentando alzar el velo misterioso que durante largos años cubrió el naufragio de los dos buques de Laperouse, deshechos contra los arrecifes de coral de Vanikoro y sobre la desaparición de las dos tripulaciones sumergidas en los abismos profundos del Pacífico o devoradas por los polinesios; o los dramáticos episodios que siguieron a la pérdida del "Invencible Armada" y el "Semillante".

Pero el océano no se limitó a devorar estas pocas presas; no. Este monstruo de mil bocas, este gigante inquieto que rodea nuestro Globo, que va y viene, que se agita constantemente sobre uno u otro punto de su inmensa superficie, que se alza espantoso, que rompe lleno de furia contra los continentes y las islas como si se sintiera impaciente por devorarlas y ser dueño absoluto sobre la Tierra, sin ataderos, sin obstáculos, sin barreras, ha devorado otras muchas presas. Desde que los primeros hombres osaron desafiarlo, aventurándose sobre su superficie tumultuosa, devora sin cesar y sin que jamás restituya. Boca inmensa que se abre por todas partes en el espacio infi-

nito, devora. Las canoas de los hombres primitivos han pagado su tributo; los antiguos trirremes de los fenicios, griegos y romanos lo pagaron también. Los galeones de las opulentas Repúblicas medievales y las carabelas españolas fueron igualmente a reunirse con sus compañeros en aquellos abismos, y en ellos reposan en el reino de los corales; después pagaron un tributo las naves modernas y se hundieron a centenares barcas humildes y acorazados gigantescos que parecían desafiar las iras más tremendas del monstruo voraz.

Sus abismos están tapizados de restos; naves abordadas por el espolón de otras o que naufragaron en una noche tempestuosa, entre los bramidos del viento y el mugir de las olas, duermen desde hace miles de años, desde hace siglos, lustros, años, meses, días, en el fondo de la húmeda tumba, pero no bastan. El monstruo está siempre hambriento, es insaciable y otras naves son devoradas y en aquel abismo sin fin se pudren y se deshacen; otros hombres se hunden con ellas, otras mujeres, otros niños, padres, hermanos, hermanas, esposos, hijos; presas dolorosas que caen bajo el diente formidable de los escualos, o de los ávidos pulpos, cuyas ventosas absorben la sangre, o entre las mandíbulas de aquellas legiones de peces de formas extravagantes que pueblan las profundidades del inmenso océano.

Entre tantos navíos perdidos, los hombres de mar recuerdan todavía, aun cuando hayan pasado muchos años,

el del capitán Viand. Es acaso uno de los naufragios más dramáticos que han ocurrido y puede figurar entre los más tristemente célebres por las dolorosas peripecias de que fueron víctimas los desgraciados que lograron salvarse. Los marinos franceses, especialmente, no lo han olvidado y sobre las costas de Bretaña, los viejos lobos de mar, lo cuentan durante las noches invernales, sentados delante de una buena lumbre mientras fuera brama la tempestad y el océano muge sobre la costa que va de Nantes al Havre.

La Historia no lo ha olvidado, pero los marinos lo recuerdan mejor que la historia; si ésta refiere solamente algunos particulares narrados por la señora Lacouture, una de las supervivientes, aquéllas han transmitido de generación en generación los episodios más conmovedores, más interesantes. Decimos de generación en generación, porque el naufragio ocurrió el siglo pasado, pocos lustros antes del de las dos naves mandadas por Laperouse y precisamente en el año 1765. Pero de éste o del otro siglo, el naufragio es cierto y la biblioteca marítima de Nantes conserva todavía las notas del capitán Viand y de la señora Lacouture.

* * *

El bergantín del capitán Viand había dejado las costas de Francia para dirigirse a la Luisiana. Estaba tripulado por diez marineros y un joven africano encargado del ser-

vicio de popa, el capitán Lacouture, quien se había embarcado en calidad de pasajero juntamente con su mujer, intrépida señora que debía más tarde dar pruebas de increíble energía, y su hijo, joven de quince años.

El buque había realizado ya bastantes viajes, demasiados tal vez, porque el casco no ofrecía sino una resistencia problemática, pero su comandante se consideraba seguro de alcanzar la costa americana y de cruzar aquellas 3.000 millas sin grave contratiempo. Y, en efecto, jamás navegación alguna comenzó bajo mejores auspicios. El océano se mantenía tranquilo, terso, como una inmensa superficie de cristal, como una balsa de aceite y el viento constante del este empujaba el navío hacia las costas lejanas del continente americano.

Los delfines nadaban ante la proa como si quisieran encaminarlo y los peces voladores jugueteaban a su alrededor, saltando sobre las aguas y recorriendo fuera de ellas espacios de 20 y 30 metros, mostrando sus escamas rojizas, sus aletas negras y sus feas cabezas semejantes a extravagantes cascos, llenos de aguzadas puntas; sobre el buque revoloteaban esas aves de los trópicos que llaman los marineros, "pajas en la cola", grandes devoradores de pescado que imprimen a sus alas poderosas y a sus colas, dotadas de largos plumones que penden, un temblor convulso.

La alegría reinaba a bordo constantemente. El capitán Viand, el señor Lacouture, su mujer, su hijo, los marine-

ros, ignorantes del grave peligro que les amenazaba pasaban el tiempo en alegres charlas.

Pero he aquí que un día, cuando el buque comenzaba a ser visitado por los primeros pájaros que se encuentran en grandes bandadas cerca de la costa de la Florida y que, por la extraña disposición de sus picos, se ven obligados a aguardar que los peces se introduzcan en su garganta, un grito, uno de aquellos gritos que hacen palidecer al marino más valiente, salió de la profundidad de la bodega.

—¡El buque hace agua!

Poco después, un hombre, pálido como un cadáver, con los ojos que se le salían de las órbitas y los cabellos erizados, se precipitaba sobre cubierta repitiendo aquel grito, que produjo sobre los tripulantes un efecto espantoso.

¡Aquella voz de alarma era el anuncio de una muerte inminente! Una nave que hace agua es un agonizante cuya vida pende de un hilo. Si el hilo se rompe, sobreviene la muerte; pero ¡qué muerte! No es un cuerpo inanimado que desaparece en los profundos abismos del océano, porque no se hunde solo: la tripulación está en él y debe también hundirse, a menos que un milagro, que, desgraciadamente, tiene lugar pocas veces, se realice.

El capitán Viand, aun cuando se daba cuenta exacta de la gravedad del momento, no perdió ánimos ni dió señal alguna de temor. Hombre curtido en los peligros, viejo lobo de mar, había desafiado otros desastres y tuvo siempre la fortuna de salvarse.

Con pocas palabras procuró tranquilizar a la señora Lacouture y a su hijo, recomendó la calma a sus hombres y descendió intrépidamente a la bodega seguido del señor Lacouture y del contramaestre.

Removiendo los barriles que constituían el cargamento, llegaron a la cala. Abajo, del lado de estribor, se oía un fuerte gorgoteo, seguido a intervalos de sordos ruidos.

El agua penetraba con fuerza irresistible y se la oía precipitarse de uno a otro lado del buque siguiendo los movimientos que imprimía el oleaje. Ya cubría el fondo de la bodega y amenazaba subir de nivel rápidamente.

—Se ha abierto una vía de agua — dijo el capitán Viand, limpiándose el sudor frío que cubría su frente.

—¿Será grande?—preguntó el señor Lacouture.

—¿Quién puede decirlo!

—¿Confíais en mantener el buque a flote?

—Lo sabremos más tarde. Todo depende de las bombas y de la energía de nuestros hombres.

—Pero la tierra está cerca. ¿No confiáis en alcanzarla?

El capitán no contestó. Había palidecido e inclinado hacia babor escuchaba con atención. También el contramaestre contenía la respiración y prestaba oído atento.

Cuando se puso en pie, el capitán estaba lívido.

—Señor—dijo, volviéndose hacia Lacouture—, nuestras vidas y las de nuestros compañeros están en manos de Dios.

—¿Qué queréis decir?

—Que mi buque está irremisiblemente perdido. Se han abierto dos vías de agua y comprendo que no podemos vencerlas. Que nadie de vosotros diga una palabra para no sembrar la alarma y probemos la suerte.

La señora Lacouture, su hijo y la tripulación les aguardaban sobre cubierta llenos de terrible ansiedad, no sabiendo aún si se trataba de una pequeña vía de agua, fácil de reparar, o de una vía de agua que comprometía la seguridad de la nave.

—Señora—dijo el capitán Viand procurando disimular la emoción que le embargaba—, corremos tal vez un grave peligro, pero el buque puede resistir, o al menos espero mantenerlo a flote, hasta tocar las costas de la Florida que están cercanas; os ruego, pues, no os alarméis por ahora. Con la ayuda de Dios y de mis hombres podremos salvarnos todos.

Después, dirigiéndose a la tripulación, añadió:

—Preparad las bombas sin perder un minuto y que todos, sin exceptuar a nadie, se pongan al trabajo.

La sangre fría del bravo capitán había calmado los primeros síntomas de pánico. La tripulación entera, un poco tranquilizada, ya que sabía también la proximidad de la costa, se apresuró a obedecer.

En pocos minutos las dos bombas de a bordo fueron preparadas, las mangas de gruesa tela impermeable se in-

trodujeron en la cala y todos se pusieron al trabajo con suprema energía.

El agua aspirada por las bombas corría abundante por el puente, huyendo a través de las aberturas de las bordas; pero ya en el fondo de la bodega se la oía entrar a borbotones y precipitarse con ruido sordo de babor a estribor, desplazando los barriles que chocaban entre sí. Parecía que el mar estuviera impaciente por devorar aquella pobre nave que estaba ya condenada a muerte.

Para colmo de la desventura, el tiempo que hasta entonces se había mantenido hermoso, amenazaba cambiar como si sintiera envidia del océano o quisiera tomar parte activa en la destrucción del buque.

Desde oriente se extendían con celeridad increíble, invadiendo el cielo, negros nubarrones con grandes manchas de color cobrizo y en su seno brillaban lívidos relámpagos y tableteaban sordos truenos.

Ráfagas de viento encrespaban la superficie del océano, adquiriendo de minuto en minuto mayor violencia, arrastrando las "procelarias", las aves fúnebres de la tempestad y los "factornis" y los "rincops", que se apresuraban a huír en busca de sus nidos.

Mugía a través de las velas, silbaba entre las jarcias y penetraba en los camarotes del bergantín con lúgubres bramidos.

El capitán Viand, sin embargo, conservaba siempre la sangre fría, aun cuando previese el fin inminente de su

buque, cada vez menos ágil por el continuo irrumpir de las aguas en la bodega.

Toda su atención estaba concentrada sobre la costa, que dentro de poco debía aparecer por occidente. Interrogaba ansiosamente el espacio buscando ávidamente aquella tierra que era la salvación suya y de todos, iba a cada instante al castillo de proa escrutando con la mirada el horizonte y después descendía a la bodega para medir exactamente la gravedad de la situación.

A las ocho de la noche, no obstante los esfuerzos desesperados de la tripulación, el bergantín se había hundido dos pies y su descenso continuaba. Las dos bombas no bastaban para vencer la invasión del mar que cada vez era más rápida, a medida que las dos vías de agua se ensanchaban. Y como si esto no bastase, el huracán, que desde la mañana iba acumulándose en la profundidad de la bóveda celeste, estaba a punto de estallar.

Una obscuridad profunda, que sólo rompía de vez en cuando la lívida luz de los relámpagos, se había extendido sobre el borrascoso mar. Las descargas eléctricas se sucedían sin cesar, rasgando las masas de nubes y desapareciendo en el seno de las espumosas olas, mientras el trueno tableteaba con increíble intensidad, como si quisiera ahogar las voces poderosas del furibundo océano y los espantosos bramidos del viento.

Olas inmensas, de crestas cubiertas de blanca espuma que brillaba extrañamente en medio de aquella profunda

obscuridad, se abatían sobre el desgraciado buque, impacientes por deshacerlo y devorarlo.

La señora Lacouture, encerrada en el camarote de popa, rezaba, teniendo entre sus brazos al hijo; el capitán Viand asido al bauprés buscaba la costa que no se veía aún; el señor Lacouture y los marineros, a pesar de las bruscas sacudidas del oleaje, picaban a las bombas con desesperada energía para mantener a flote aquella pobre nave que se hundía cada vez más.

Pero el agua de la bodega crecía a simple vista como una marea. Cubierto el fondo, se agitaba con increíble furia arrojando unos contra otros los barriles que se destrozaban, invadía el depósito de vergas y vigas de recambio, el depósito de las velas, la despensa de los víveres y ya comenzaba a azotar los camarotes.

El bergantín, muy pesado por la gran cantidad de agua que encerraba su bodega, se alzaba penosamente sobre las olas. Crugía con ruidos siniestros, caía pesadamente sobre los costados y amenazaba hundirse de un momento a otro. En su amplia cavidad se oían mil ruidos intranquilizadores, mugidos sordos, tablones que se parten, barriles que chocan, borboteo de agua.

A las diez un griterío horrible resonó a bordo.

—¡Nos hundimos!

Y casi al mismo tiempo se oyó desde proa, entre los silbidos del vendaval, el brillar de los relámpagos y el mugir de las olas, una voz que gritaba:



—¡Tierra a proa! ¡Gracias a Dios!

Entonces, a bordo del velero reinó una confusión indescriptible. Los hombres, como enloquecidos de repente por el terror, se lanzaron a los botes salvavidas, disputándose los a mordiscos y golpes a pesar de las amenazas del capitán.

Se botó uno al agua, pero las olas lo lanzaron contra el costado del buque, donde se deshizo. El segundo, que logró alejarse un poco, se hundió, pereciendo los siete marineros que lo tripulaban. De repente un choque formidable aterró a los desgraciados que aún permanecían a bordo. Los mástiles cayeron sobre cubierta arrastrando las velas consigo y la nave encallada en las rocas de la costa se abrió y desapareció entre las ondas que siguieron con ímpetu irresistible hasta la próxima orilla.

En medio de aquel ruido ensordecedor se oyeron gritos desesperados, invocaciones; después, a través de aquellas masas líquidas que rompían sobre la costa, aparecieron figuras humanas. Se las vió agitarse entre la espuma, debatirse con desesperada energía y más tarde alcanzar la playa y caer extenuadas unas junto a otras.

Eran seis: el capitán Viand, el matrimonio Lacouture y su hijo, un marinero y el negro. La tierra sobre la cual les habían empujado las olas se llamaba Florida.

* * *

La Florida es una gran península de la América Septentrional, descubierta por el español Ponce de León, “ade-

lantado" de Puerto Rico, en 1512, o sea veinte años después del desembarco de Cristóbal Colón en las placenteras islas del golfo de Méjico.

El anciano gobernador, habiendo sabido por los indios caribes que en una isla al norte de las Antillas, había un manantial maravilloso que tenía la propiedad de rejuvenecer a las personas, se había lanzado en su busca, convencido de que, gracias a él, podría borrar las arrugas que cubrían su rostro y sus canas.

Buscando dicho manantial, descubrió aquella larga península que llamó Florida por la exuberancia de espléndidas y perfumadas flores que cubrían sus orillas.

Aquella tierra destacándose de Alabama y Georgia, se adentra entre el golfo de Méjico y el océano Atlántico, frente a la isla de Cuba en una extensión de 380 millas, abarcando una superficie de 38.000.000 de acres.

Del norte al centro se compone de inmensas llanuras selváticas con algunas cadenas de colinas hacia el noroeste, altas de un centenar escaso de metros; del centro al sur, en cambio es una zona pantanosa inmensa, una sabana de aguas negras y putrefactas, donde las aguas dulces y saladas se confunden, donde nacen y mueren plantas de toda clase, muchas venenosas; sede de la lívida fiebre de los bosques, nido inmenso de aves extrañas, refugio de millares de serpientes inmundas y de enormes caimanes.

Pero aquellas soledades misteriosas donde la muerte acecha siempre, abatiendo al hombre que osa penetrar en

ellas, poblada de melancólicos cipreses y de pinos, cubiertas de fango y sembrada de reptiles, ocultan bellezas maravillosas, islas de vegetación espléndida, perfumadas por la fragancia de mil flores de vagas tonalidades, entre las cuales viven preciosos pájaros de plumas multicolores.

En la época en que sucedió este histórico naufragio, la península era casi un desierto. Si hoy cuenta con 100.000 habitantes, entonces no encerraba sino contadas aldeas dispersas en el norte y alguna ciudad poblada de españoles, como San Agustín, que era la capital.

La situación, pues, de los náufragos, aun cuando hubiesen llegado a tierra, no se podía llamar brillante y más si se tiene en cuenta que el mar les había arrojado sobre una de tantas islas que bordean las costas orientales de la baja Florida, ricas en vegetación, pero despobladas y apestadas por las aguas que se pudren en sus canales.

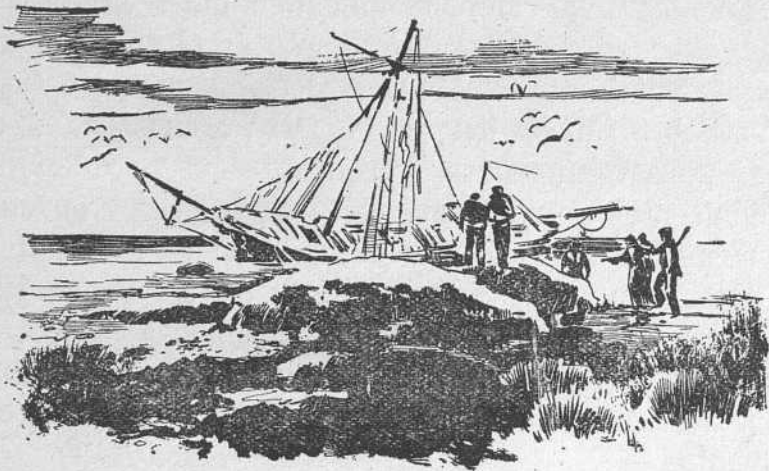
Sin embargo, nadie desesperaba y aun cuando no poseían un buque para alcanzar el litoral americano, cuando salió el sol todos se levantaron llenos de fe y animosos.

A pesar de la forma imprevista en que el naufragio tuvo lugar habían logrado salvar algunos fusiles, espadas y mantas. Se libraban, de momento, al menos, de perecer de hambre.

El capitán Viand y el señor Lacouture, después de recomendar a sus compañeros que no se separasen, pues sabían que en aquellas islas abundaban las serpientes, los caimanes, los jaguares y los osos, cogieron dos fusiles e

hicieron una exploración para saber con exactitud dónde se encontraban y si era posible alcanzar el continente americano.

La isla en la cual habían naufragado tenía una extensión de 2 millas de norte a sur y una anchura de 300 a 400



metros. Hacia el oeste se descubrían otras varias islas, rocas y bancos de arena separados por anchos canales de aguas cenagosas, pero las costas del continente no podían vislumbrarlas tan siquiera.

—¿Hemos naufragado en las costas meridionales de la Florida?—preguntó el señor Lacouture.

—Lo temo—contestó el capitán Viand—. Yo sé que las playas meridionales de la península son muy bajas y están

cubiertas de zonas pantanosas y tal vez por esta causa no podamos descubrirlas desde aquí.

—¿Confiáis en alcanzar el continente?

—Sin una embarcación temo que no lo logremos, pues estos canales son anchos y no se ven aquí árboles corpulentos. Intentaremos, sin embargo, construir una almadía.

Regresaron al campamento dando una vuelta a la isla con la esperanza de descubrir algún árbol que les permitiese construir una embarcación cualquiera, pero fué en vano. Sobre aquella lengua de tierra arenosa no crecían sino escasas pasionarias, trepadoras, que se desarrollan rápidamente formando grandes enredaderas y cuyas flores extravagantes encierran un martillo, un hierro de lanza, clavos y una tenaza, es decir, todos los instrumentos de la pasión de Jesucristo y algunas manchas de "oegochloe", hierbas duras, amargas, malolientes, que crecen en las tierras salitrosas y que hasta las cabras rechazan como alimento.

Por fortuna no faltaba el agua dulce en algunos estanques y las aves abundaban.- En las orillas de la isla se veían centenares de "rincops", ocupadas en anidar sus tres huevos, gruesos como los de una gallina, blancos con manchas negras y depositados en un simple hueco abierto en la arena; bandadas de ánades salvajes que revoloteaban entre los canales alborotando con su griterío discordante; tántalos verdes, algún fenicóptero, ave de largas patas y de cuello larguísimo que sostiene una cabeza extraña do-

tada de un pico que se inclina hacia abajo y también algún “botauro mokoko”, pájaro de dos pies de alto, de plumas oscuras, veteadas de negro, y pico agudo, gran devorador de peces y de pájaros, que lanza sin interrupción su monótono “dun-ka-du, dun-ka-du”.

El capitán y el señor Lacouture, después de cazar algunos “rincops” y hacer una buena provisión de huevos, que son comestibles y substanciosos, aun cuando tienen un sabor pronunciado a pescado rancio, informaron a sus compañeros de desventura del resultado de su exploración.

Acordaron, a falta de otra solución, permanecer en la isla en espera de socorro. Era posible que alguna nave de las que desde el norte se dirigían a las Antillas, pasara bordeando la costa y les recogiera.


Hacía pocas horas que estaban acampados a la sombra de un grupo de pasionarias, cuando de la parte del canal oyeron una voz humana y el batir de unos remos en el agua.

Se levantaron todos rápidamente y se precipitaron hacia dicho lugar. Una canoa construída con el tronco de un árbol se aproximaba, tripulada por un indio de piel rojiza, pómulos salientes, larga cabellera, cubierto con un ligero manto y adornado con plumas y collares de perlas.

Al verles se dirigió hacia el islote y desembarcó diciendo:

—¡Soy el cacique (1) Antonio!

(1) Jefe de tribu.



—Y nosotros somos unos desgraciados náufragos que el mar empujó a estas tierras—contestó el capitán Viand.

—¿Dónde pensáis ir?

—A ningún sitio, porque no tenemos una canoa siquiera, pero si tú nos llevas a los establecimientos españoles del norte, te pagaremos espléndidamente.

El cacique, después de vacilar un buen rato concluyó por aceptar y embarcó a los náufragos en su canoa.

Aun cuando la noche se aproximaba se pusieron en viaje, remando con vigor y adentrándose en un laberinto de canales que parecía no iba a concluir jamás.

Al cerrar la noche se detuvieron en un islote y al día siguiente continuaron la navegación, pero adelantaron poco, ya que sólo disponían de tres remos y la canoa llevaba carga excesiva.

Durante siete días vagaron los desgraciados a través de canales cenagosos, en que no se veían sino enormes caimanes e inmensos cañaverales, donde reinaban silencio profundo y miasmas mortíferas.

Al caer el séptimo día, muertos de hambre y de sed, desangrados por los mosquitos que volaban a millares sobre aquellas aguas estancadas y agotados por el remar continuo, atracaron en un islote, sobre un "low-hum-mock" como llaman los indígenas a aquellos trozos de tierra de aluvión que se elevan en medio de los grandes pantanos de la Florida.

El cacique, cuyo proceder había dado lugar a sospe-

chas, confesó haberse extraviado. No sabía encontrar el camino de su país ni mucho menos el que conducía a los establecimientos españoles del norte.

A pesar de aquellas malas noticias, los náufragos, agotados de cansancio, se tendieron sobre la hierba y se durmieron. Sin embargo, el capitán Viand, asaltado por una viva inquietud, no perdía de vista al indio.

Sospechaba de él y temía les hiciera traición. Creía imposible que un indio nacido en aquellos lugares pudiera extraviarse y, cada vez más desconfiado, estaba en guardia.

Pero la fatiga le venció y se durmió profundamente. Un rumor de remos que se agitan en el agua le hizo despertar.

Se precipitó hacia la orilla y aun cuando la noche era oscura vió alejarse a la canoa bajo el impulso de los dos remos manejados por el indio.

—¡Corred, amigos míos!—gritó.

Los náufragos, llenos de sobresalto se despertaron y temiendo ser atacados buscaron sus armas, pero en vano.

El indio había huído llevando consigo los fusiles, las municiones y hasta las espadas salvadas del naufragio, abandonando a aquellos desgraciados indefensos sobre el islote estéril.

* * *

¡Qué terrible golpe para ellos! La muerte se presentaba ya ante sus ojos ¡y qué muerte! El hambre no tardaría

en consumirlos y matarlos porque carecían de armas para cazar aves, únicos seres vivientes que se percibían en bandadas en aquellas tierras pantanosas.

Un profundo abatimiento se apoderó de los supervivientes del buque hundido cuando se dieron cuenta de la traición infame del jefe indio. Se dejaron caer en tierra llorando como niños, seguros de perecer en aquel islote desolado.

La señora Lacouture, mujer dotada de una energía excepcional, fué la primera en cobrar ánimos. Suplicó a su marido y a sus compañeros de desventura que no se dejaran abatir y les invitó a hacer una tentativa desesperada.

La costa distaba dos leguas solamente y se podía alcanzar, aunque fuese cruzando a nado los canales que se extendían entre isla e isla. En los bosques no faltarían víveres y con el cuchillo que conservaban, única arma que había escapado a la rapacidad del indio, se podía emprender la construcción de una almadía, sirviéndose de las pocas mantas que poseían para construir una vela.

El capitán Viand y el señor Lacouture, comprendiendo que sus lamentaciones no aportarían ningún alivio a la situación, marcharon a explorar el islote.

No encontraron una raíz comestible, ni el nido de un ave ni un sorbo de agua dulce, pero descubrieron una tierra situada frente a la isla y sobre la cual se veían varios matorrales y algún árbol. Con la esperanza de encontrar en ella alimento decidieron abordarla. Llamaron a los com-

pañeros y cogidos de la mano se metieron en el canal cuyas aguas eran bajas.

Después de correr varias veces el peligro de que se ahogase el joven Lacouture, alcanzaron al fin la tierra anhelada.

Era otra isla, pero mayor que la primera. Aquí y allá crecían en grandes cantidades plantas acuáticas de hojas ovales, de flores lívidas en forma de sifón y de grueso tronco sostenido por enormes raíces que salen del suelo enderezándose como serpientes; rododendros altos de 10 metros, con ramas gruesas como el muslo de un hombre y flores purpurinas y saxífragas de hojas delgadas, de un verde obscuro, de negro tronco y aspecto triste.

Las aves no faltaban, pero no había modo de cazarlas desprovistos como estaban de armas de fuego. Se veían revolotear bandadas de cuervos marinos, grandes como un gallo, voracísimos, que osan atacar a los animales y hasta a los hombres heridos; palomos de blanca cabeza; "widgeons" o ánades silbantes de plumas más brillantes que sus congéneres europeas; "limose marmosizzate", gruesas como un pollo y de pico largo de casi 20 centímetros y gran número de golondrinas de mar, que depositan sus huevos en huecos abiertos en la arena.

No faltaban tampoco las ardillas volantes, animales extraños, gruesos como un topo, de pelo gris perla en el lomo y blanco en el vientre, dotados de dos membranas que unen las manos a las patas y que les permiten dar vuelos

de 40 y hasta de 50 pasos; también se veían ratas de agua, que se encuentran en gran número en los pantanos de la Florida, donde se alimentan ávidamente de la medula de los juncos, pero ni unos ni otros se dejaban coger.

Ello no obstante, los náufragos se lanzaron en busca de provisiones y tuvieron la suerte de encontrar moluscos abundantes y un manantial de agua dulce.

Al siguiente día intentaron alcanzar otra isla, en cuya orilla habían visto una canoa encallada en la arena, pero como el canal que les separaba tenía dos millas de ancho, no osaron atravesarlo, dado su estado de agotamiento.

Durante nueve interminables días permanecieron los desgraciados en aquella isla, expuestos a las crueles picaduras de millares de mosquitos, sin un cobijo que les protegiera de la intemperie, viviendo de raíces, de moluscos y de unas pequeñas tortugas que se encuentran frecuentemente en gran número en aquellos pantanos, del tamaño de un puño y dotadas de un pico córneo, muy robusto, que cuando hace presa en cualquier parte hay que cortarlos, porque no hay modo de conseguir que se abra de nuevo.

Aun cuando estaban impregnadas de un fuerte olor a moho, los náufragos, espoleados por el hambre que desgarraba sus entrañas, las devoraron.

Al décimo día, el capitán Viand, que quería llegar a tierra firme, propuso al señor Lacouture acercarse a la isla sobre cuya playa habían visto la canoa.

—Si permanecemos unos pocos días más en esta isla

—dijo—, ninguno de nosotros vivirá dentro de dos semanas. Probemos fortuna.

El señor Lacouture y el marinero se declararon pres-



tos a seguirle. Confiaron la valerosa mujer y su hijo al negro, se despojaron de sus harapos y se lanzaron a nado, llevando consigo dos mantas para construir con ellas una tienda.

Asustando con sus gritos a los caimanes que se veían

nadar en el canal, después de penosos esfuerzos llegaron a la isla. Se aproximaron al lugar donde habían descubierto la canoa, pero una gran desilusión les aguardaba.

La embarcación estaba en un estado tan deplorable que no podía mantenerse a flote.

—Intentemos calafatearla — dijo el capitán—. Con hierba y nuestras mantas tal vez podamos taponar los orificios y hacerla navegar.

Se pusieron a la obra sin perder minuto. Taponaron los huecos y hendiduras con hierba y cubrieron la quilla con las mantas.

En este trabajo invirtieron dos días, después empujaron la embarcación hasta el canal, pero apenas estuvo a flote comenzó a hacer agua y faltó muy poco para que se hundiese.

Regresaron a la isla más desesperados que nunca e informaron a la señora Lacouture del fracaso de su tentativa. Esta nueva desilusión descorazonó a todos profundamente y se creyeron ya condenados irremisiblemente a perecer de hambre entre aquellas lagunas.

Al día siguiente, sin embargo, el señor Lacouture y el marinero, decididos a alcanzar tierra firme, volvieron de nuevo junto a la piragua con idea de repararla, no obstante los consejos en contrario del capitán.

Después de tres días de espera angustiosa les vieron regresar a bordo de la canoa que habían reparado de cualquier manera, taponando los orificios con nuevas hierbas,

con hilos extraídos de la corteza de los árboles y con sus mantas.

El capitán Viand la examinó y vió en seguida que no estaba en condiciones de efectuar la travesía.

—Nos hundiremos a mitad de camino—dijo.

—Y si permanecemos aquí moriremos todos—contestó el señor Lacouture—. Dejaremos aquí mi mujer, mi hijo y el negro, y nosotros iremos a la costa en busca de socorros. Tal vez encontremos indios y es de creer nos ayuden al saber la situación desgraciada en que nos encontramos.

—La canoa es muy débil, Lacouture—contestó el capitán—. Está empapada como una esponja y se hundirá dentro de poco.

—Nosotros dos remaremos y el marinero se encargará de achicar el agua. Si no queréis acompañarnos, nosotros estamos decididos a partir solos.

El capitán, viendo que no lograría disuadirlos de su propósito prometió acompañarles.

Se dedicaron a buscar provisiones para dejar a la señora Lacouture víveres suficientes para varios días y al amanecer del siguiente, después de un adiós conmovedor y de promesas de un pronto regreso se dirigieron a la orilla. Tan pronto estuvo la canoa a flote en el canal, el capitán Viand se dió cuenta de que no resistiría la travesía. Embarcaba agua en gran cantidad y aun cuando el marinero procuraba achicarla con su gorra, no lo lograba.

Intentó, por última vez, hacer desistir a sus compañe-

ros de tan peligrosa navegación en una canoa que no reunía condiciones, pero fué inútil.

—No—dijo el señor Lacouture—. Intentaría la empresa aún cuando estuviese seguro de hundirme a mitad de camino. Morir aquí o allá da lo mismo; estamos condenados a perecer.

—Y si nos ahogamos, ¿quién velará por vuestra mujer y vuestro hijo? El negro no podrá proveer a su subsistencia.

—Y si logro realizar la travesía estoy seguro de salvarles. Como veis, Viand, las probabilidades son las mismas.

—Yo prefiero quedarme.

—Adiós, pues. Si dentro de seis días no hemos regresado, querrá decir que hemos muerto.

Saltó a la canoa con el marinero y se alejaron remando con energía. Viand, mientras pudo, les siguió con la mirada, y con el corazón lleno de angustia al prever su triste fin, regresó al campamento.

La señora Lacouture, al divisarlo, le preguntó los motivos de su regreso.

—He preferido quedarme para velar por vos y por vuestro hijo—contestó el capitán, ocultando el verdadero motivo para no angustiarse—. Además, la canoa hubiera ido muy cargada y un golpe de mar podía volcarla.

—¿Creéis que alcanzarán la costa?

—Todo está en las manos de Dios, señora—contestó el

capitán Viand—. Dentro de seis días, si no les sucede ninguna desgracia estarán de regreso. ¡Aguardemos!

Pasaron dos, cuatro, seis días, pero nadie volvía. El capitán Viand, lleno de continua angustia, todas las mañanas y todas las tardes iba a la playa esperando ver alguna canoa, pero en vano.

El sexto día no ocultó ya su temor a la pobre mujer; los dos hombres audaces habían perecido ahogados o devorados por las fieras del continente americano.

La señora Lacouture demostró una vez más, en aquella ocasión, un valor impropio de su sexo. Para no acongojar al hijo contuvo las lágrimas y guardó su pena en lo más hondo de su alma.

—Ya no nos queda nada que morir—dijo al capitán que se había acercado a ella con gesto de abatimiento—. Así, al menos, concluirán nuestras penas.

—No—contestó el capitán, que parecía madurar un pensamiento obstinado—. Nos queda aún una esperanza.

—¿Cuál?

—Intentar la construcción de una almadía.

—No lograremos jamás derribar un árbol con el único cuchillo que nos queda.

—Utilizaremos las ramas.

—Disponed de mí. Estoy pronta a ayudaros.

No perdieron tiempo. Con la ayuda del negro y del joven Lacouture reunieron cerca de la orilla una cantidad enorme de ramas arrancadas a los rododendros.

El capitán las unió con fibras vegetales y logró construir una especie de almadía sobre la cual podían intentar la travesía.

Invirtieron el resto del día en recoger moluscos y raíces; después, agotados, se acostaron en la arena envueltos con sus mantas y se durmieron, soñando que habían logrado desembarcar en aquella costa que parecía huir ante ellos.

Pero la noche era desagradable. Soplaba un fuerte viento y las olas adentrándose en los canales removían las aguas estancadas.

El capitán Viand, inquieto, temiendo por la almadía, se despertó varias veces y bajó a la playa, pero al fin se durmió para no despertar hasta los primeros albos del día.

Al volver a la playa lanzó un grito de desesperación. ¡La almadía, construída con tantos esfuerzos, la habían arrastrado las olas!

* * *

Se hubiera dicho que una maldición pesaba sobre los desgraciados supervivientes del hundido bergantín.

Parecen increíbles los dolorosos episodios de aquel naufragio, las continuas desilusiones de aquellos desgraciados perseguidos por un destino implacable, los sufrimientos espantosos que pasaron, los peligros afrontados, las miserias de toda clase que hubieron de padecer antes de alcan-

zar la tierra suspirada, o mejor, antes de regresar a su patria. Y, sin embargo, todo es exácto, todo es cierto y las notas dejadas por la señora Lacouture concuerdan exactamente con las del capitán Viand.

Precisa creer que aquellos desgraciados estaban dotados de una energía extraordinaria, influída seguramente por su confianza en la Providencia, ya que ante el nuevo contratiempo que les acontecía no perdieron ánimos.

Pasado el primer instante de dolor, comenzaron de nuevo más decididos que nunca a la ejecución de su proyecto.

Abatieron nuevos rododendros, arrancaron nuevas ramas, cortaron en tiras una de las mantas para hacer de ella cuerdas y construyeron otra jangada. Faltaban provisiones, ya que las recogidas anteriormente habían desaparecido con la primera almadía, pero buscando y rebuscando en la arena recogieron unos pocos moluscos.

Estaban a punto de embarcar en aquel amasijo de maderas flotante, que unas cuantas olas bastaban para deshacer, cuando un acontecimiento imprevisto vino a retrasar su marcha y a comprometer su vida.

El negro, que había marchado en busca de moluscos, retornó a poco, gritando:

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡He encontrado un pez muy grande!...

Aquel descubrimiento, para unos desgraciados tan escasos de víveres y que hacía tres semanas no probaban la

carne, era de la mayor importancia. Siguieron al negro y encontraron en la orilla la cabeza y parte del cuerpo de un pez grande el resto del cual estaba sumergido en la arena.

Era un pez-bombero, de un pie de grueso, de piel obs-



curo, picada y veteadada de negro, rugosa y armada de unas pequeñas púas que producen heridas mortales.

Es venenoso y su piel contiene un poderoso tóxico.

Se le conoce con ese nombre, porque, cuando se hincha o se deshinch, produce un rumor parecido al de la bomba cuando aspira el agua.

El capitán Viand y sus compañeros, creyendo se trata-

ba de un pez que se podía comer, más aún, en la idea de que era un cerdo de mar, decidieron asar su cabeza para, comiéndola, cobrar fuerzas antes de ponerse en viaje.

Fué una idea fatal. Poco después de haber devorado aquel manjar nauseabundo fueron víctimas de atroces dolores y vómitos tan violentos que creyeron llegada su última hora.

Sin medicamentos, sin socorros, los desgraciados naufragos se acostaron en la playa, lanzando gritos de dolor, retorciéndose desesperadamente y revolcándose en la arena víctimas de intensos dolores. El joven Lacouture especialmente, daba compasión. Lívido, con los ojos que le salían de las órbitas, la faz desencajada, presa de horribles sufrimientos, mordía la arena invocando con voz desgarradora la ayuda de la madre que no podía acudir en su socorro.

La noche les cogió en aquella desesperada situación. ¡Qué noche de sufrimientos! Llovía a cántaros, la obscuridad era tan profunda que no se veía a 20 pasos de distancia y aquellos desgraciados no tenían donde cobijarse.

Fué una noche de angustia inenarrable, de increíbles sufrimientos, un largo martirio. Sus gritos de dolor resonaban continuamente entre las tinieblas, pero ninguna voz humana respondía a sus desgarradoras llamadas. Se oía sólo, de la parte de las lagunas pestilenciales, mugir en el fondo de las aguas los grandes caimanes de formidables mandíbulas y redoblar el pez tambor, extraño habitante de



aquellas lagunas pantanosas, semejante a una pértiga plateada con la cabeza llena de púas y que produce un rumor muy fuerte, semejante a un ronco bramido.

Dios tuvo, sin duda, piedad de sus sufrimientos porque al alba, aquellos desgraciados comenzaron a sentir alivio, pero no todos. El joven Lacouture se hallaba en un estado lamentable, desesperado.

Incapaz de hacer el más pequeño movimiento, con la piel cubierta de manchas violáceas, la cara lívida, los ojos estrábicos, la boca cubierta de una espuma sanguinolenta, gemía tendido en la arena.

La pobre madre intentó en vano ponerle en pie. El joven se desplomó de nuevo diciendo:

—Déjame morir tranquilo, madre mía. Ya no tengo remedio.

Acudió el capitán Viand, que estaba impaciente por abandonar aquella isla maldita e intentó darle ánimos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. El joven se sentía morir y era incapaz del menor movimiento.

—Marchad—dijo a su madre y al capitán—. Yo no tengo remedio y vosotros, permaneciendo aquí, perderéis un tiempo precioso. Embarcaos, alcanzad la costa y no os preocupéis de quien está ya condenado a morir.

Fué un dolor espantoso para la pobre madre. Se arrojó llorando sobre el cuerpo del hijo cada vez más lívido y que parecía irse enfriando por momentos e intentó con un esfuerzo desesperado llevarlo hasta la jangada, pero se

encontraba tan débil, después de los sufrimientos espantosos pasados, que no pudo lograrlo. El capitán Viand, hondamente conmovido por aquella escena, decidió seguir un día más en aquella isla en espera de que el joven mejorase.

El joven Lacouture, con un valor increíble, rechazó la propuesta.

—Estoy destinado a morir—dijo con voz débil—. Marcha, madre mía; marchad, capitán, antes de que las olas deshagan vuestra segunda almadía; dejadme aquí, nada podéis hacer para salvarme. Un retraso de pocas horas puede ser fatal, tanto más cuanto que los víveres faltan y los que habéis recogido bastan apenas para manteneros un día. ¿A qué perder un tiempo precioso junto a un moribundo?

El capitán Viand persistió en su idea y volvió a desembarcar las pocas provisiones embarcadas en la almadía.

El día pasó, pero los males que atormentaban al joven Lacouture no sólo no disminuyeron, sino que fueron en aumento. Durante la noche fué asaltado por un delirio furioso; por la madrugada quedó en un estado de sopor profundo.

Jadeaba y un sudor frío y viscoso inundaba su lívido rostro lleno de manchas violáceas. A las ocho de la mañana estaba agonizando y sólo respiraba a breves intervalos.

Indicó de nuevo con la mano a la madre y a sus compañeros, la costa, como para invitarles a partir; y después se volvió boca abajo, ocultando el rostro entre la arena y

no se movió más. No había muerto, sin embargo, jadeaba débilmente, pero su fin era cuestión de minutos, al menos así creyeron todos.

El capitán Viand y el negro separaron de aquel lugar a la desgraciada madre y la transportaron a la jangada. Otro retraso podría ser fatal, porque los víveres habían casi concluído y el islote no ofrecía nuevos recursos.

Desplegaron una de las mantas a guisa de vela y se lanzaron a navegar sobre aquel amasijo de leña flotante que la ola más pequeña podía deshacer, precipitando a los pobres náufragos en las aguas pestilenciales de la vasta laguna pantanosa.

¡Qué viaje más triste! El cielo estaba cubierto de nubes, el aire era pesado, impregnado de miasmas mortíferas; el aspecto de las islas triste, desolador.

Enormes caimanes, de formidables mandíbulas que se cerraban con sordo fragor, con los dorsos rugosos cubiertos de plantas acuáticas, desfilaban entre aquellas aguas amarillentas, mirando con ojos feroces aquella insegura jangada y hacían oír sus vagidos que asemejaban a los de un niño de pecho. En el fondo se oían los peces-tambor y entre las cañas resonaba el melancólico "Karó-karó" del gran zancudo de la familia de los "curlam", de plumas de color de púrpura y la cabeza armada de un pico agudo y duro como una hoja de acero, con el cual se defiende de los perros de los cazadores.

La señora Lacouture lloraba silenciosamente en un

costado de la almadía, con los ojos fijos sobre la isla en cuyas arenas tal vez agonizaba aún el hijo, presa segura de los cuervos marinos; el capitán y el negro llenos de sombría tristeza procuraban dirigir la embarcación hacia la costa de la Florida, que ya comenzaba a dibujarse en el horizonte.

Durante doce horas vagaron por aquellas lagunas haciendo esfuerzos increíbles para mantener unidas las ramas que constituían la jangada, que las pequeñas olas intentaban deshacer. Durante el trayecto varios caimanes pasaron junto a ellos, mostrándoles sus fauces e intentando con sus colas poderosas deshacer la débil embarcación, pero el capitán y el negro lograron alejarles a fuerza de golpes de bastón.

Al caer el sol pudo la almadía encallar a pocas brazas de la playa. Se arrojaron al agua y pusieron pie al fin en aquella tierra tan suspirada y que para ellos representaba la salvación.

¡Otra desilusión! Aquello no significaba sino el comienzo de nuevas tribulaciones, el principio de nuevos sufrimientos y miserias.

* * *

La playa sobre la cual les había arrojado el viento estaba desierta. A derecha e izquierda se extendían espesos bosques de pinos, árboles tristes, de 40 a 50 metros de altura, de corteza gris, de hojas de medio metro de largas y

de un color verdusco que les da un fúnebre aspecto: grupos de "hichorysis", o sea de encinas verdes, cubiertas de "cobe", trepadoras de hoja semejante al trébol y que se hallan cubiertas de flores violáceas; grupos de "tupelas", grandes árboles de hojas de un verde claro, agrupadas en la extremidad las ramas y que dan una fruta semejante a las ciruelas, pero mucho más gruesa, y que son buscadas con avidez por los papagayos.

El capitán, aprovechando las últimas luces del crepúsculo, recogió bastantes ciruelas y las partió con la señora Lacouture y el negro; después se recostaron al pie de un árbol para pasar allí la noche.

La señora Lacouture sollozaba sin cesar y hablaba constantemente de su hijo, y el capitán procuraba calmarla, diciendo que ya había muerto y prometiéndole que retornarían después para darle sepultura y para buscar las huellas del señor Lacouture y el marinero que no habían vuelto a aparecer.

Agotados por la debilidad y por los esfuerzos realizados estaban para dormirse cuando en medio del bosque de pinos se oyó un grito agudo que tenía un no sé qué de lúgubre.

El capitán Viand, la señora Lacouture y el negro, se levantaron, lanzando en torno suyo miradas de pavor.

—Es un oso—dijo el capitán.

—¿Vendrá a devorarnos? — preguntó temblorosa la señora Lacouture.

—Confiemos en que no se aproximará, señora.

Un maullido potente que parecía un verdadero rugido se elevó de la parte del río, después, en el bosque, se oyeron rumores extraños, ladridos que parecían de lobos, silbidos agudos semejantes a los de la serpiente, mugidos roncós y profundos y un rumor de ramaje roto y fronda agitada.

—¡Gran Dios!—exclamó la señora Lacouture, mientras el negro, loco de terror, se acurrucaba junto al capitán castañeteando los dientes—. ¿Qué va a pasar? ¿Caeremos entre las garras de las fieras ahora que hemos alcanzado la tierra firme?

—Temo que la noche concluya mal, señora—contestó Viand—. Estos bosques están plagados de osos, jaguares, serpientes de cascabel, serpientes de agua y otros animales y reptiles peligrosos. Si nos atacan, no sé qué será de nosotros, que sólo poseemos un pequeño cuchillo.

—¿No hay ningún medio de tenerlos a distancia?

—Sí, encendiendo una gran hoguera. Las fieras tienen miedo de las llamas, y no se atreverán a atacarnos.

—¿Tenéis vuestro pedernal?

—Sí.

Los rugidos, los silbidos y el constante mugir se oían de todas partes; bajo los bosques, entre los matorrales y en la proximidad de las lagunas. Los tres náufragos reunieron buena cantidad de ramaje y le prendieron fuego, iluminando el bosque y la playa; pero parecía que aquel

resplandor hiciera más feroces a las fieras, ya que el rumor, no sólo no disminuyó, sino que fué en aumento.



El negro, aterrado, se alejó de la hoguera y se encaramó a un árbol temiendo ser devorado.

Poco después, también la señora Lacouture conside-

rándose más segura sobre un árbol que junto a la hoguera, se dirigió a otro, no obstante los ruegos del capitán.

Apenas había recorrido 30 ó 40 pasos, cuando se encontró frente a un enorme oso negro, que se arrojó sobre ella intentando aprisionarla en mortal abrazo.

La señora Lacouture dió un grito horrible y se lanzó a correr, gritando:

—¡Socorro, capitán!

Viand aun cuando se encontraba desarmado y no ignoraba el grave peligro a que se exponía, cogió un tizón encendido y corrió en socorro de su compañera.

Estaba el oso a punto de aprisionarla, cuando Viand con valor desesperado comenzó a golpearlo, intentando cegarle y cubriéndolo de una lluvia de chispas.

La fiera, asustada, huyó, abandonando la presa, pero se detuvo a corta distancia y se quedó encogida junto a un matorral.

La señora Lacouture, sostenida por el capitán volvió junto a la hoguera, cerca de la cual cayó medio desmayada bajo la acción de un espanto indecible.

Viand, viendo que el oso no se alejaba, arrojó sobre la moribunda hoguera nuevas ramas para tenerlo a distancia.

Entre tanto, el negro, cada vez más aterrorizado, seguía gritando y se agitaba como un loco entre las ramas del árbol.

El oso, al verlo, se dirigió hacia él y abrazado al tron-

co intentó subir, pero no lográndolo comenzó a moverlo para hacer caer la presa.

El desgraciado negro, que perdía fuerzas y que apenas podía resistir aquellas furiosas sacudidas comenzó a gritar como si se encontrase ya entre los dientes de la fiera.

Tampoco en esta ocasión perdió Viand ánimos. Se armó de otro tizón encendido y se precipitó sobre el oso, golpeándole desesperadamente y cegándolo con una lluvia de chispas, y así continuó hasta que lo vio alejarse y refugiarse en el bosque.

Llegó el alba al fin. Los animales desaparecieron entre el bosque y el concierto ensordecedor cesó completamente.

Los náufragos, que durante toda la noche no habían dormido, pudieron disfrutar de unas pocas horas de reposo, pero cuando despertaron se hallaban tan agotados de hambre y fatiga que no podían tenerse en pie.

Con un supremo esfuerzo se pusieron en camino, penetrando en la gran península con la esperanza de encontrar agua dulce y víveres, pero recorrieron varias millas sin encontrar nada.

Los bosques sucedían a los bosques, siempre más espesos, más tenebrosos, más tristes; pero aquellos árboles no daban ningún fruto. Se oían cantar los gallos de collar, pájaros espléndidos, dotados de cuatro alas, de un sabor exquisito y la voz retumbante del pico peludo, pájaro negro, grande como una corneja y que tiene un pico tan robusto que puede perforar con él en un cuarto de hora el

tronco de un pino de dos pies de grosor, pero no era posible aproximarse a ellos porque huían.

También las ardillas voladoras se veían en gran número y sobre los árboles se veían trepar las arañas gigantes, horribles arañas negras, peludas, gruesas como una botella, con dos garras armadas de uñas agudas y de una longitud de ocho pulgadas; pero los primeros se mantenían alejados y las segundas inspiraban repulsión y, además, temían fuesen venenosas.

Tuvieron la suerte de encontrar un manantial de agua dulce, pero alimento ninguno. Acamparon, pues, en aquel lugar desfallecidos de hambre e impotentes para proseguir la marcha. La noche les sorprendió junto al manantial. Encendieron una hoguera para mantener las fieras a prudente distancia y aguardaron el alba llenos de angustiosa ansiedad.

No lograron conciliar el sueño. Se enfurecían los osos en la selva, aullaban los jaguares, silbaban las negras serpientes de los pantanos, mugían los caimanes, ladraban los lobos.

Varias veces durante aquella vigilia interminable, las fieras vinieron a rondar en torno a la hoguera, aguardando el momento que se extinguiese para caer sobre aquellos desgraciados, pero Viand la reavivaba constantemente.

Para calmar el hambre masticaron raíces e intentaron hasta comer creta... Engañada el hambre reemprendieron la marcha a través de una verde pradera cubierta

de flores perfumadas, de coreópsides de pétalos amarillos y púrpura, de violetas silvestres, de anémonas de todos colores, pero no fueron muy lejos.

No eran criaturas humanas, eran esqueletos vivientes, que se arrastraban penosamente cubiertos de harapos. Los inauditos sufrimientos, las privaciones de toda clase, las torturas físicas y morales les habían reducido a un estado lamentable y para colmo de las desventuras estaban casi ciegos y tenían sus cuerpos cubiertos de flemones producidos por las picaduras de millares de mosquitos sanguinarios.

Uno tras otro fueron cayendo e intentaron comer las hierbas amargas y nauseabundas llamadas "olgochloa" y hojas de los árboles, pero sus estómagos se encontraban en un estado tal de debilidad que fueron atacados de horribles convulsiones.

Al ponerse el sol se encontraron sin energías para recoger ramas con el fin de encender una hoguera. Pero cuando oyeron los primeros bramidos de las fieras, el miedo les dió fuerzas y encendieron una fogata. Fué una noche horrible. Deliraban, reían y sollozaban, rezaban y lloraban. Un descanso de algunas horas les calmó y cuando se levantaron estaban más tranquilos.

Queriendo avanzar a toda costa, comenzaron a arrastrarse penetrando en una llanura desierta, cercada por el norte y sur por bosques de pinos y encinas verdes, esperando encontrar un riachuelo o uno de los árboles lla-

mados "hickorys", que producen almendras negras, pequeñas, pero comestibles o alguna "pavia", planta perteneciente a la familia del castaño de Indias que da gruesas castañas de forma alargada; pero todo fué en vano.

Aquella región parecía maldita y los árboles frutales no germinaban en aquel terreno salobre.

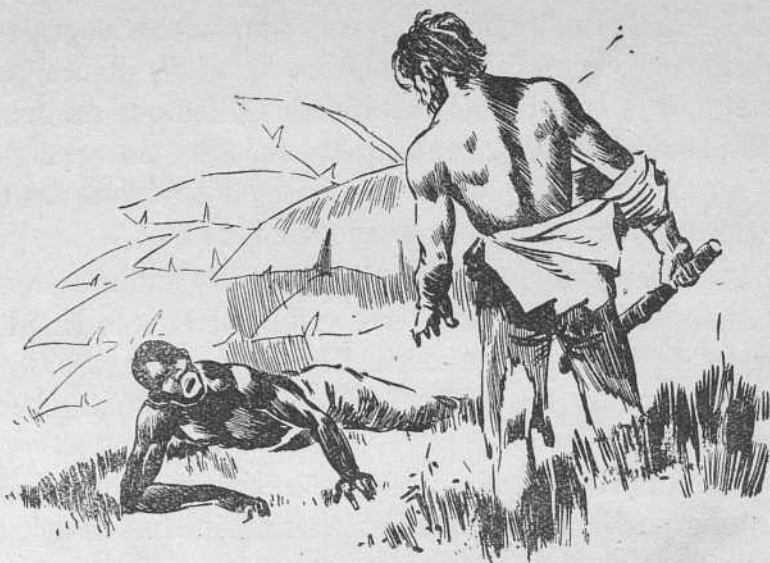
La esperanza que hasta entonces les había sostenido, les abandonó. Creyéndose irremisiblemente condenados a perecer en aquel pantano sin límites, se dejaron caer en tierra, dispuestos a no luchar más contra su implacable destino.

El hambre horrible que desgarraba sus entrañas aumentaba por instantes, pero se sentían incapaces de avanzar un paso en busca de raíces. La muerte no debía tardar en llegar. Ya el negro, menos robusto que sus compañeros o tal vez más hambriento, jadeaba acostado en la arena. Parecía que iba a ser la primera víctima.

La vista de aquel hombre, que comenzaba a debatirse en los espasmos de la agonía, sugirió a Viand un proyecto atroz.

Aterrado al principio, rechazó la inhumana idea con horror, pero su cerebro, exaltado por los sufrimientos, acaso enfermo, se obstinaba. Los ojos de aquel desgraciado se posaban con bestial avidez sobre el moribundo negro y parecía que saboreaba ya aquellas pobres carnes.

De repente Viand se puso en pie resuelto a cumplir el triste propósito. Tenía en la mano un nudoso bastón y su



cara reflejaba la expresión bestial de una fiera hambrienta.

Su mirada en aquel instante supremo se encontró con la de la señora Lacouture. ¿Se comprendieron? Es probable, porque el ademán del capitán traicionaba su propósito, pero la señora Lacouture que acaso deliraba, no pronunció una palabra ni hizo gesto alguno para impedir el delito.

Viand avanzó hacia el negro, que yacía en el suelo, expirante, alzó el bastón y le golpeó furiosamente la cabeza para aturdirlo, después, empuñando el cuchillo, ¡lo degolló!

* * *

Cometido el delito, Viand vióse asaltado por los remordimientos. Horrorizado, se abalanzó sobre el cuerpo ensangrentado de la víctima llorando y mesándose los cabellos, mientras la señora Lacouture, también horrorizada, rogaba por el alma del pobre negro asesinado.

Pero el hambre feroz que sentían fué pronto más poderosa. No se creerá y, sin embargo, el hecho es real, auténtico, aquellos dos seres, como fieras hambrientas, se lanzaron rabiosamente sobre el cuerpo del negro aun palpitante, aun caliente y comenzaron a devorarlo. Pero no es esto todo. Temerosos de sufrir nuevamente las acometidas del hambre, asaron a fuego lento una parte de aquella carne para poderla conservar mejor. ¡A ese extremo les redujeron los increíbles sufrimientos padecidos!

Los dos antropófagos, recobradas sus fuerzas, cargaron con aquellas horribles provisiones y se pusieron de nuevo en camino, internándose más en la península. Avanzaban sin rumbo, sin cambiar una palabra, evitando el que se encontrasen sus miradas, porque después de aquel crimen comenzaban a temer el uno del otro. Vagaron durante todo el día a través de bosques espinosos, donde dejaron buena parte de sus andrajos, a través de terrenos pedregosos y estériles o de pantanos en cuyas aguas oscuras y pútridas se retorcían gruesas serpientes negras como el ébano, de cabeza aplastada. Aun cuando el hambre volvió a asaltarles no fueron capaces de echar mano a las repugnantes provisiones que inspiraban a ambos un

profundo horror. Intentaron calmarla recogiendo moluscos que se veían en las orillas de los pantanos o insectos, o pequeños peces que se dejaban coger con la mano.

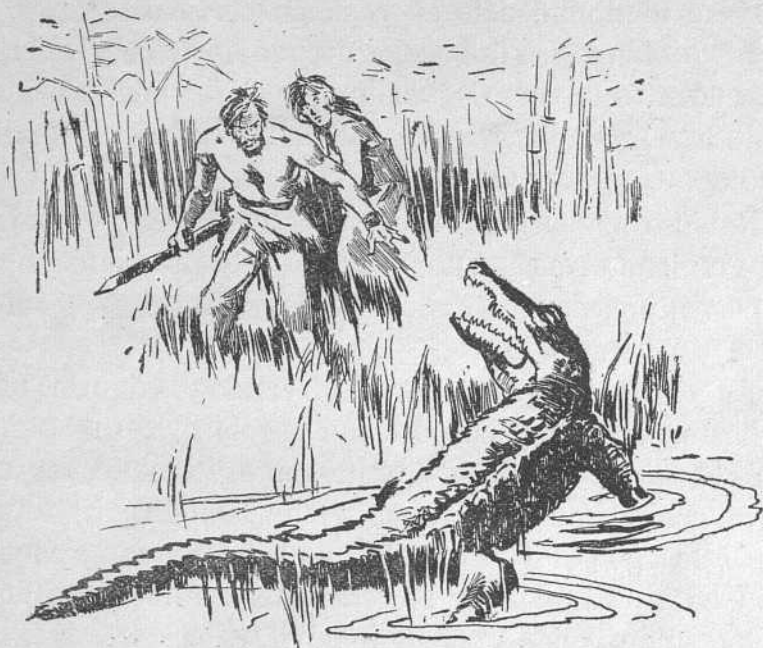
Al atardecer, cerca de una laguna, vieron salir un grueso caimán que tenía casi cinco metros de largo. Al pronto le habían tomado por un islote flotante, toda vez que el dorso arrugado de aquellos saurios está casi siempre cubierto de plantas acuáticas que allí germinan durante su adormecimiento que dura tres o cuatro meses; pero bien presto se dieron cuenta de que se trataba de un formidable caimán.

Viand propuso a la señora Lacouture el apoderarse de él, confesando que no se sentía con fuerzas para seguir alimentándose de la carne ahumada del pobre negro asesinado y declarando que no estaba dispuesto a conservar aquellas provisiones repugnantes.

A la señora Lacouture le parecía una locura el querer apoderarse de aquel saurio, que tiene mandíbulas capaces de partir en dos a un hombre, como si fuera un mondadientes, y una cola capaz de deshacer una canoa. Sin embargo, prometió su ayuda toda vez que también se sentía incapaz de comer de nuevo carne humana.

Viand, que ya conocía el medio de que se valen los indios para cazar aquel gigante de los pantanos, cortó una rama de árbol muy dura y la aguzó por ambos extremos, después se arrastró hasta el borde de la laguna y aguardó oculto entre las hierbas.

Cerca de él había un nido, una especie de cono, de barro mezclado con ramas y hojarasca, que contenía varios huevos gruesos como los de ánade, pero más alargados y



más blancos. Viand había reconocido en el cono un nido de caimán y aguardaba que el reptil volviera para apoderarse de él.

No aguardó mucho. El caimán, después de jugar un rato en el agua se dirigió hacia la orilla, precisamente al lugar donde el capitán se encontraba.

Lo vió en seguida, pero en vez de huir abrió las mandíbulas, considerándolo presa fácil. Viand, rápido como el rayo, alargó el brazo armado del trozo de madera aguzada por ambos extremos y lo introdujo en la garganta del saurio, pero manteniéndolo en posición vertical.

El caimán cerró la boca, creyendo aprisionar el brazo, pero encontró la rama aguzada, que se le clavó profundamente en el paladar, atravesándole las carnes e impidiéndole cerrarla por completo.

Rabioso por el intenso dolor, se arrojó entre las hierbas, mugiendo roncamente y dando fuertes coletazos.

¡—A mí, señora!—gritó Viand—. ¡El caimán es nuestro!

La señora Lacouture acudió, llevando consigo dos nudosos bastones. Ambos comenzaron a golpearlo furiosamente. El saurio se resistía y continuaba agitándose. La lucha se prolongó durante dos horas, pero al fin el reptil, atontado por los golpes y agotado por el dolor que le causaba aquel bastón agudo que le penetraba en las mandíbulas, cesó en su agitación y quedó inmóvil.

Viand, sirviéndose del cuchillo, lo partió en pedazos; después encendió el fuego y puso uno de ellos sobre las brasas.

Aun cuando aquella carne estuviera impregnada de fuerte olor a moho, los dos desgraciados se dieron un festín.

Al siguiente día Viand intentó utilizar la piel resistente del reptil, y, como mejor pudo, fabricó con ella cuatro

abarcas para defender los pies de las espinas y hierbas cortantes, y con el resto se cubrieron el cuerpo, para defenderse de las picaduras de los mosquitos, que todas las noches les asaltaban a millares, envenenando su sangre.

Descansaron dos días en la orilla de aquella laguna, después emprendieron de nuevo la marcha interminable llevando consigo una provisión de carne de caimán. Al cabo de algunas horas llegaron a las orillas de un ancho y rápido río que descendía del norte y corría hacia el sur. ¿Dónde estaban? Ni Viand ni la señora Lacouture lo sabían; pero esperando encontrar en la opuesta orilla si no un establecimiento español, una tribu india al menos, decidieron cruzarlo. Intentaron vadearlo, pero el lecho era profundo y la corriente tan rápida que no se la podía afrontar sin riesgo de ser arrastrado. Reconociendo la orilla con la esperanza de encontrar un paso, descubrieron una gran tortuga que pesaba 10 kilos.

Arrojaron las provisiones de carne de caimán, que comenzaba a corromperse por no estar bien ahumada, y recogieron ramaje para guisar la tortuga dentro de su concha, pues no podían romperla. En el momento de ir a encender el fuego, Viand se dió cuenta de que había perdido el eslabón. Aquel descubrimiento les aterró, ya que el fuego era la única defensa contra los ataques de las fieras durante la noche. Era absolutamente preciso el encontrarlo para no ser devorados durante el sueño. Reemprendieron en sentido inverso el camino recorrido examinando las

hierbas, mirando en los matorrales, pero la noche se vino encima sin que lo hubieran hallado.

Asaltados por mil angustias prosiguieron la busca a tientas, evitando hacer ruido para no llamar la atención de las fieras, cuyos bramidos oían en el bosque. Ya desesperaban, cuando Viand lo encontró entre unas malezas.

¡Ya era tiempo! Entre los matorrales andaban los jaguares, dispuestos a arrojar sobre ellos y veían los osos agitarse en el lindero del bosque próximo.

Huyeron hacia el río y encendieron una gran hoguera, pero les fué imposible dormir. Millares de mosquitos les asaltaban con ferocidad inaudita, atormentándoles dolorosamente. Al siguiente día sus párpados estaban tan inflamados por las picaduras que apenas veían.

Sin embargo, no quisieron detenerse. Como no encontraban un vado construyeron una almadía y atravesaron el río, después prosiguieron la marcha.

Pero su debilidad iba en aumento. La carne de tortuga se había concluído, la región que atravesaban era árida y desierta sin una gota y sin un árbol frutal. El hambre y la sed les torturaban, sus ojos apenas se veían, su cuerpo era una pura llaga y sus vestidos se reducían a algunos trozos de piel de cocodrilo y escasos jirones de tela.

¿Cuánto camino recorrieron en aquel estado? No lo supieron decir jamás. Un día, Viand, agotado por el hambre, la sed y la fatiga, cayó desplomado; se sentía incapaz de avanzar un solo paso, se sentía morir.

—Abandonadme aquí—dijo a la señora Lacouture, que se esforzaba en darle ánimos—. Mi vida concluye. Vos, que sois enérgica, proseguid la marcha antes que la debilidad os lo impida y no penséis más en mí.

—No—contestó la señora Lacouture—, no os abandonaré solo en este desierto. Esta noche os devorarían las fieras.

—Devorarán un cadáver—contestó el capitán—. Marchad, señora; acaso no esté lejana la salvación y podáis vivir. Permaneciendo aquí pereceríais inútilmente.

La señora Lacouture se negó enérgicamente a dejarlo morir solo.

—Reconoceré los alrededores—dijo ella—. Tal vez encuentre algo que comer: moluscos, una tortuga, huevos de las aves. Seré vuestra proveedora hasta que recobréis fuerzas; después emprenderemos de nuevo la marcha.

Oyendo un mugir prolongado que venía del oeste, se dirigió hacia allí esperando encontrar el mar. No se había engañado; el océano se extendía ante ella, pero no se veía buque alguno, ni canoa tan siquiera. Estaba desierto, como desierta era la región que habían recorrido.

¿Se encontraba en la extremidad meridional de la Florida o había atravesado la península? De momento lo ignoraba, pero por lo demás, poco le importaba estar allí o en otro sitio.

Comenzó a rebuscar entre la arena para ver si encontraba algún molusco y descubrió una tortuga que dormía

en un agujero. Se apoderó de ella y aun cuando pesaba mucho, reuniendo todas sus fuerzas, la transportó junto al capitán.

Aquella tortuga fué la salvación de ambos; sin la ayuda preciosa de aquel alimento no hubieran podido sobrevivir. Su carne substanciosa dió un poco de energía al pobre capitán y a ambos un poco de tregua a sus sufrimientos.

Todo aquel día permanecieron acostados en dicho lugar, pues no podían tenerse en pie tan siquiera, tanta era su fatiga. Por la noche encendieron una gran hoguera para protegerse contra las fieras que rugían en el bosque vecino.

Al amanecer, la señora Lacouture se puso en pie para reemprender la marcha, pero Viand, después de pocos pasos, vacilando como un borracho, cayó al suelo. No podía andar, ni hablar tan siquiera. A tal extremo había llegado su debilidad.

Hizo indicación a su compañera para que prosiguiera sola la marcha, pero ella no quiso abandonarlo. Se acostó junto a él intentando reanimarlo y curarle las heridas de los pies; después se puso de nuevo a buscar víveres, pues la carne de tortuga se había corrompido a causa del excesivo calor.

Habiendo divisado un gallo de collar se puso a perseguirlo en el próximo bosque, haciendo esfuerzos desesperados para alcanzarlo y abatirlo con un golpe de bastón.

Haría un cuarto de hora que se había alejado cuando Viand creyó oír voces humanas que se aproximaban a la

playa. Escuchó con más atención y percibió, en efecto, varias voces y batir de remos.

Siendo la playa alta y encontrándose acostado en una depresión del suelo, no podía ver el mar. Intentó levantarse para hacerse ver, pero no fué capaz del más pequeño movimiento. Intentó entonces gritar, pero la voz moría en sus labios.

Se puso a andar a rastras, agarrándose desesperadamente a los matojos, clavando las uñas entre las piedras, víctima de impaciencia angustiosa, pero sus fuerzas le traicionaron.

Unos minutos más y perdía la ocasión de salvarse, porque las voces se iban alejando poco a poco y la señora Lacouture estaba todavía en el bosque.

Tuvo una inspiración. Junto a él había un trozo de falda y un bastón. Hizo con ambos una especie de bandera y la agitó desesperadamente. Pocos instantes después oyó una voz que gritaba:

¿Quién vive en este desierto?

Haciendo un desesperado esfuerzo, el desgraciado logró emitir un grito ronco.

—Es un hombre—prosiguió la misma voz—. ¡Vamos a ver, compañeros!

Viand oyó golpear de remos y que las voces se aproximaban; poco después un marinero apareció en la playa. Al ver al náufrago quedó perplejo creyéndole una fiera, pues los cabellos crecidos formaban una masa enmarañada so-

bre la cabeza del capitán y su barba inculta y larga, le daba un aspecto salvaje. Después de un instante de estupor, se le aproximó preguntando:

—¿Quién sois? ¿Un náufrago?

Viand prorrumpió en sollozos: lloraba de alegría viéndose en salvo. Reuniendo todas sus energías pudo articular:

—Soy el capitán... Viand...

Los marineros, que habían desembarcado todos, se aproximaron a él profundamente conmovidos y alzándolo con precaución lo transportaron a su chalupa. Viand les señaló el bosque para hacerles comprender que tenía un compañero. Los marineros entonces dispararon repetidas veces sus fusiles.

Aquellos disparos fueron oídos por la señora Lacouture, que no estaba muy lejos. Regresó todo lo rápidamente que sus fuerzas permitían y poco después ocupaba un puesto en la chalupa. ¡Los dos desgraciados supervivientes del bergantín hundido estaban por fin a salvo!

Los marineros que los habían recogido eran españoles. Desde hacía algunos días exploraban la costa y las islas en busca de los restos de una nave hundida un mes antes, cuando hacía la travesía desde las costas septentrionales de la Florida a Cuba.

Aquellos bravos lobos de mar fueron pródigos en su socorro. Improvisaron una yacija de hojas frescas en el fondo de la chalupa y en ella acostaron a los dos salvados,

después de haberles reanimado con ron, azúcar disuelto en vino y un poco de caldo que aun conservaban.

La señora Lacouture les preguntó si habían hallado en su exploración los restos de una piragua en la que habían embarcado su marido y el marinero, pero contestaron que no la habían visto en sitio alguno de la costa. Entonces les informó de que nueve días antes habían abandonado a su hijo moribundo en una isla desierta y les suplicó que se dirigieran hacia ella para dar sepultura a su cadáver o a los restos.

Los marineros españoles, apiadados de los increíbles sufrimientos y tristes aventuras acaecidos a la pobre señora y a su compañero, prometieron ir inmediatamente a la isla para enterrar al joven Lacouture, que hacía días debía haber fallecido, puesto que lo habían abandonado agonizante y a punto de expirar. Habiéndose levantado un viento favorable desplegaron las velas y se dirigieron hacia el norte, penetrando en los numerosos canales que formaban las lagunas, las tierras y los islotes arenosos que se extienden a lo largo de la costa oriental.

Dos días después, Viand, que había recobrado ya en parte sus fuerzas, señaló al comandante de la chalupa el islote sobre el cual, once días antes, habían abandonado al joven Lacouture.

Un marinero bajó a tierra y fué en busca del cadáver, pues los dos náufragos se encontraban muy débiles to-

davía para emprender una excursión. Después de largas pesquisas regresó el marinero a la playa.

—¿Está muerto?—preguntó la señora Lacouture con voz ahogada por los sollozos.

—Sí, señora—contestó el marinero—. Yace sobre las arenas de la costa occidental, pero los caimanes le han respetado.

—Comandante — dijo Viand, dirigiéndose al oficial que mandaba la chalupa—, ¿permitís que vaya yo con dos hombres para darle sepultura? Estoy muy débil, es cierto, pero tendré fuerzas suficientes para llegar.

—Vamos todos — contestó el oficial, profundamente conmovido por las lágrimas de la señora Lacouture.

Encallaron la chalupa en la arena en forma que la marea no pudiese arrastrarla y sosteniendo a la pobre madre y al capitán, siguieron al marinero que había hallado el cadáver.

Al llegar a la parte occidental del islote vieron al joven Lacouture, tendido boca abajo con la cara medio oculta entre la arena. Olía ya a cadáver y los gusanos corrían en torno a sus piernas y se retorcían entre los trozos de sus harapos.

La señora Lacouture y el capitán Viand se arrodillaron rogando por el alma del desgraciado joven, mientras los marineros cavaban una fosa para ponerlo a cubierto de las garras de las fieras.

Dos hombres alzaron aquel cuerpo putrefacto y cubier-

to de gusanos, pero lo dejaron caer en seguida dando un grito de estupor.

—¡Este joven está aún caliente!—exclamó uno de ellos.

—¡Es imposible!—exclamó Viand—. ¡Lo hemos abandonado moribundo hace once días!

Una ligera esperanza se apoderó de él. Levantó al pobre joven y puso una mano sobre su corazón. ¡Aquel corazón latía aún!

Se dirá que es una fantasía y, sin embargo, aquel muchacho, abandonado durante once días sobre aquellas arenas, que exhalaba olor a carne putrefacta y que los gusanos estaban a punto de devorar, ¡vivía aún!

Transportado con mil precauciones a bordo de la chalupa, luchó durante dos semanas entre la vida y la muerte, pero su vigorosa constitución y su juventud triunfaron, y cuando los náufragos del bergantín desembarcaron en Cuba, ya se encontraba en la convalecencia.

* * *

El capitán Viand, después de una permanencia de varias semanas en la rica colonia española, donde fué objeto de cariñosos cuidados que le permitieron recobrar sus fuerzas por completo, se embarcó en un buque francés, el “Conde de Essex”, con rumbo a Francia y desembarcaba en Nantes el 27 de febrero de 1767, retirándose a Marennnes, su país natal, dejando a su muerte notas referentes a las

tribulaciones sufridas en aquella tierra que Ponce de León había bautizado con el nombre de Florida, pero donde él, en lugar de flores, sólo había encontrado arenales, espinas, bosques sin frutos, fieras y miseria.

La señora Lacouture, en cambio, se refugió con su hijo, completamente restablecido, en la Luisiana, en Nueva Orleáns, donde tenía parientes.

De su marido y del marinero, que había intentado atravesar las lagunas con la canoa, no oyó hablar jamás. ¿Se ahogaron? Es probable, ya que de no ser así hubieran regresado en busca de sus compañeros.

F I N



D
23

D. 2
392